



Revue

HISTOIRE(S) de l'Amérique latine

Vol. 4 (2010) - L'Équatorianité en question(s)

Jorge Enrique Adoum y la Latitud Cero

Ramiro OVIEDO

www.hisal.org | 04-2010

URI: <http://www.hisal.org/revue/article/Oviedo2010-2>

Jorge Enrique Adoum y la Latitud Cero

Ramiro Oviedo*

Siendo la ecuatorianidad el tema axial de la producción de Adoum, este trabajo intentará aproximarse al ADN ecuatoriano, en un juego de espejos entre su ensayo *Señas particulares*¹, con lo que tiene de inventario, y la producción poética y narrativa del escritor ecuatoriano que, amalgamando lo individual y lo colectivo, exhibe y exorciza los ingredientes de dicho ADN. Antes de abordar el tema, es pertinente definir la poética de Adoum en un contexto global, a fin de tener una visión más totalizadora del hombre y de su obra.

En el coloquio internacional efectuado en la Université du Littoral de Boulogne-sur-Mer (Francia, mayo 2008), que reunió a varios investigadores franceses, españoles y latinoamericanos en torno a la obra de Adoum y en presencia del poeta, bajo el tema *Exasperaciones de la historia y revolución textual en la obra de Jorge Enrique Adoum*, el objetivo nuclear era focalizar la correlación de causa-efecto entre la historia y la literatura, y, simultáneamente, detectar la respuesta del escritor y su posición frente al lenguaje en un contexto de fricción. El aserto «Exasperaciones de la historia» nos remite a la sucesión de décadas infames, caracterizadas por la tensión social, el recrudecimiento de la resistencia popular y la represión salvaje de las dictaduras, todo esto provocado por lo que el propio Adoum denomina «realismo espantoso»², y que

* Université du Littoral-Côte d'Opale

¹ Jorge Enrique ADOUM, *Señas Particulares*, Quito, Eskeletra Editorial, 1998. Las citas remiten a esta edición.

² Mario BENEDETTI, *Subdesarrollo y letras de osadía*, Alianza editorial, Madrid, 2002, p. 82. Réplica irónica al «realismo maravilloso». Adoum sostiene que la herencia siniestra de la realidad -lo horrible de las dictaduras-, pasa a constituir la materia prima de los artistas e intelectuales de la disidencia. «Hay muchos escritores que no le hacen ascos a esa sangrante y a veces tética zona de lo real» -dice Benedetti-, y cita como ejemplos a Rodolfo Walsh, Francisco Urondo, el pintor que pinta su celda personal o el poeta que cuenta las torturas sufridas.

desemboca en el polvorín latinoamericano conocido por todos. Ante estos hechos, Adoum, alérgico al inmovilismo, emprende su «revolución textual», optando por una panoplia de formas que destrucuran y desacralizan la historia, la realidad y el lenguaje. Las exasperaciones de la historia generan las exasperaciones del poeta, obligado a su vez a exasperar el lenguaje, como estrategia para la revolución textual de la que no puede eximirse, pero consciente de que la estrategia del poema podrá ser todo, excepto hija de la exasperación. Porque un poema o un libro magnífico sólo se construyen con lucidez, de la misma manera que un país redondo no puede edificarse en la exasperación.

Un vistazo al último periodo de nuestra historia nos permite constatar que el retorno al sistema democrático estuvo lleno de tropiezos. El país vivió momentos dramáticos con monigotes en el ejercicio del poder que lo llevaron a un desastre económico y moral jamás vistos. La partidocracia tradicional y el parlamento, desacreditados por la corrupción y la ineptitud cíclicas, dejaron paso a la efervescencia de las fuerzas sociales revitalizadas que paulatinamente cobraron protagonismo, hasta desembocar en el régimen actual, empeñado en la institucionalización del país. Obviamente, el bienestar de la comunidad y la terapia de todos los males no se obtienen por decreto, y, a pesar de los notorios avances en diferentes terrenos debemos admitir que muchos signos de corrosión siguen todavía latentes.

Adoum, marcado por el traumatismo de las dictaduras y el fracaso de las izquierdas en toda América Latina, retorna al país después de más de 20 años de estadía en Francia, vive en carne propia todos estos avatares, y lanza en 1997 *Señas particulares*, que contiene el retrato de la ecuatorianidad, sin retoques ni afeites. El pesimismo lúcido, el desencanto combativo y el rigor perfeccionista con el que Adoum concibe la vida, harán de este texto más que un libro de cabecera, una piedrita en el zapato de cada ecuatoriano.

En la nota a la edición que nos sirve de base, Adoum comenta algunos hechos acaecidos en el paisaje nacional en el lapso de cuatro meses que la separan de la primera edición. Siete hechos ilustran el bandidismo camuflado en las esferas de poder, y el único punto positivo alude al triunfo de dos deportistas, basado únicamente en su esfuerzo personal. La nota se enriquece con los presupuestos teórico-analíticos de la identidad nacional, que juzgamos importante condensar, por su validez conceptual:

- Sabemos lo que somos pero no aceptamos nuestra imagen. Andamos por el mundo cargando la vergüenza de la ecuatorianidad como un estigma de los fracasos históricos o personales, acumulados o recientes.

- Nuestra identidad colectiva no es un tatuaje indeleble heredado del pasado, sino algo resbaloso que se va construyendo. El mestizaje mal asumido delinea el retrato de

un país incompleto y relativamente postizo, como resultado de la aculturación y de la adopción de sub-productos culturales que desfiguran nuestra identidad.

- La acumulación de datos de la historia no ha sido ni leída ni interpretada.
- La mirada del Otro, tanto dentro como fuera, es anuladora. Nuestra invisibilidad o nuestra notoriedad son falsas, pues no nos reconocemos en ellas
- La ecuatorianidad es legible únicamente en términos de cultura.
- La ecuatorianidad tampoco es un azar que se limita al nacimiento, a la cédula de identidad o a la adopción del país mediante la naturalización.
- En nuestro ADN cultural hay signos positivos que olvidamos en el avatar cotidiano. Esta actitud de auto-negación es el resultado del resentimiento y de las frustraciones, en virtud de las cuales no sólo negamos el carácter castrante de nuestra realidad perpetuándolo con la inercia, sino que nos negamos a ver nuestras grandes realizaciones.
- Estamos rotos, y lo único que puede unirnos es la «conciencia de un país esplendoroso por su multiplicidad geográfica y humana, lleno de posibilidades»³, que desperdiciamos por nuestro inmovilismo.

En la segunda parte, *Señas particulares*, registra en aproximadamente 190 páginas los agentes corrosivos de la ecuatorianidad. Tomando partido por el hombre, -eterno perdedor, pero también cómplice de su derrota-, Adoum exhibe las patologías, subrayando la hipocresía social, la pereza intelectual, la cobardía de unos y la complacencia de otros, los silencios cómplices y las grandes perversiones que tejen la vida del Ecuador. El lector, estoico sobreviviente de esta serie de electro-shocks, recibe sin chistar la masa de discurso, y sale de ella como después de un diálogo recio y no menos reparador, gracias al poder interactivo del texto, que revela de manera sistematizada el carácter heterogéneo y complejo de la sociedad ecuatoriana.

El libro, que -sospechamos- parece estar dirigido a quienes no lo leerán nunca, se cierra con una página dedicada al balance y que interpela al lector con una pregunta: ¿qué hacer para no seguir siendo lo que somos?, colofón latigueante que lleva implícita la odiosa verdad: estamos corroídos y transmitimos esa corrosión que nos impide ser lo que tendríamos que ser.

Conviene ahora confrontar las señas detectadas, con el material poético y narrativo de Adoum, como espejo que calibra la imagen del autor con la del país de origen, y del cual sin quererlo termina constituyéndose en paradigma..

³ Jorge Enrique ADOUM, *op. cit.*, p. 19.

La Latitud Cero

Nada hay más vacío ni más redondo que el cero.

Consciente de que vivimos en un territorio lleno de carencias y fragmentaciones, Adoum asume la poesía como una puerta abierta, un territorio que englobando esos vacíos puede contribuir a anularlos, a postergar la desesperanza, y a soldarnos como nación, adhiriendo a valores comunes.

Haciendo presente la ausencia, la página es el territorio donde la identidad del poeta se nutre de rupturas, de fracasos y de desencuentros, por esa razón, la negación que conlleva el nombre de Ecuador, latitud cero, equivalente a la página en blanco, parece ser al mismo tiempo la posibilidad de una existencia magnífica. Hurgando en la historia y en la geografía, el poeta intenta hallar sentido a las cicatrices y a la desvergüenza de la historia. La nada comienza por ser una cuestión de talla, de nombre de línea, de desgarradura, repetición cíclica e inercia castrantes, de las cuales Adoum es consciente, sin dejar por eso de adoptarla y de reconstruirla con la escritura:

Nadie sabe en dónde queda mi país, lo buscan/ entrusteciéndose de miopía: no puede ser,/ ¿tan pequeño? y es tanta su desgarradura. (...) Tampoco/ lo sé yo, yo que lo amo a pesar de mis jueces (...) Sucede que no estoy/ orgulloso de mi aldea ni de su río, el único/ que sigue siendo el mismo bañándose cien veces, / ni de la cometa que enarbola el polvo/ en el mercado. No me dejan estarlo, no me han dejado/ nunca unos señores compatriotas, cincuenta/ años en la misma esquina calculando/ los mismos asuntos importantes (...) y ven / pasar el tren y no lo toman, ven acercarse/ el día pero se acuestan, ven la vida pasar/ pero regresan y animal, voluntariosísimamente,/ se amarra por el cuello al palo de la iglesia⁴.

La nada como territorio, la sensación de desarraigado y de ser extranjero en su propia tierra, llevan al poeta a afirmar la ruptura entre una geografía pródiga y una vida social avara y esterilizante:

Para qué tanto sol, tanta abundancia/ torrencial, toda la vida planetaria, si nos golpea la injusta/ repartición, si la muerte/ baja del cielo a los extremos/ de la tierra; si la pobreza/ me aleja de las flores y de la fiesta,/ si me obliga a estudiar /cada día mis zapatos Nada es nuestro todavía, aquí/ todo es ajeno como en una posada⁵.

La patria como territorio de la nada, es secundada por la escisión del ser, carente de pertenencia, de memoria y de objetivos, y hasta de la noción de tiempo, que le condena a olvidarse de sí mismo y a suprimir el futuro:

Porque yo soy así, aquel que se levanta/ a golpes, se desenterra, se pone el cuerpo/ que dejó en la silla, la esperanza que ya no/ le servía como una mala dentadura,/ y sale, más bien se saca, para ver cómo han ido los días de allá afuera (...) me desperté/ asustado/ En dónde estoy, grité, después/ de tanto esfuerzo, hasta cuándo/ es antes todavía, cómo me llamo/ entonces, para qué me llamo (...)⁶.

⁴ Jorge Enrique ADOUM, *Yo me fui con tu nombre por la tierra*, Edición clandestina sin pie de imprenta, 1964, p. 299.

⁵ Jorge Enrique ADOUM, *Relato del extranjero*, Quito, Ediciones del Ateneo Ecuatoriano, 1955, p. 275.

⁶ *Ibidem*, p. 301.

En otro texto, el poeta reitera la idea de precariedad y de fragmentación polarizando la distancia semántica entre los verbos «tener» y «ser» , «saber», «ir» y «venir» , y mediante el abismo de las conjunciones disyuntivas y/o:

Preguntan de dónde soy/ Y no sé qué responder/ de tanto no tengo no tener nada/ no tengo de dónde ser./ Un día me iré a quemar/ todo el trigo del dolor/ entonces ha de haber patria/ ahora hay tierras del patrón/ Debajo del campo verde/ harta sangre hay en el suelo: / yo no sabré adonde voy/ pero sé de dónde vengo./ El indio que cae sabe/ cuánta tierra al fin le toca/ pues reconoce el sabor/ de otros indios en la boca⁷./

En el texto, convertido ahora en canción popular, el poeta se refiere a la patria y al destino inexistentes para el indígena, hablando en su nombre, pero en otro poema, hablando de sí mismo, afirma la fraternidad asociando ambos destinos rotos por la violencia: «seguimos siendo los que sufren de veras Y / o esa sangre que no se agota gota a gota agota y/ o con la torpe sensación de ya no ser siquiera ese y/ o que fui hasta ahora sin poder ser enteramente yo»⁸.

El indígena huérfano de patria, que pendula entre la nada y el todo, decide su destino y su pertenencia optando por la acción, rentabilizando la memoria para llenar el vacío del verbo «tener». El poeta, gemelo del indígena en su condición precaria, traduce su fragmentación y su vacío ontológico contorsionándose en el verbo «ser» y pedaleando en la nada de las disyuntivas y/o anuladoras.

Una lectura objetiva de la historia nos permitirá constatar, sin embargo, los enormes pasos del movimiento indígena en el paisaje nacional, en los últimos veinte y cinco años. Su actual protagonismo en el devenir nacional no ha sido una dádiva, sino el resultado de un combate que busca consolidarse articulando mejor su propia diversidad. Por otra parte, los esfuerzos del régimen para garantizar el respeto a los pueblos indígenas rebasan el discurso lírico y se concreta a través de acciones que apuntan a la elevación de su nivel de vida y a su integración en la vida nacional. Este aserto, sin pecar de excesivamente optimista, nos lleva a avizorar el fin de la inercia, y con él el fin del síndrome de abolición del futuro, gracias al cambio de comportamiento de la sociedad civil.

En lo que respecta al poeta, desgonzado en su sensación de pendular en la nada, huérfano de país o marginado por el desprecio al intelectual, con el yo hecho trizas, sabe que tiene que asumirse solo, construir su espacio mediante la acción orgánica de apropiación del lenguaje, y terminar convirtiendo la nada en todo, en un todo original y en un signo de vanguardia que enriquece el patrimonio cultural del Ecuador y de la lengua española.

⁷ Jorge Enrique ADOUM, «Danzante del destino», *No son todos los que están*, Barcelona, Ediciones Seix Barral, p. 389.

⁸ *Ibidem*, p. 28.

Los signos corrosivos y el antídoto poético

La inercia y la amnesia histórica, la lectura errónea del heroísmo y del patriotismo, sumados al desencanto de la política, también erróneamente percibida, serían, según Adoum, en la parte medular de *Señas particulares*, la causa y la consecuencia del malestar ontológico nacional. Evacuar este malestar mediante la prepotencia, la viveza criolla, el machismo verbal y físico que degradan el lenguaje y la convivencia, desperdiциando nuestra originalidad de país plural y obstinándonos en cultivar lo que nos separa (regionalismo), constituirían, los signos corrosivos de nuestra ecuatorianidad. No obstante, consideramos que la mirada lúcida y objetivamente incuestionable de Adoum merece algunos matices.

En efecto, ni el Ecuador ni los ecuatorianos poseemos el monopolio de todos los defectos. La hora ecuatoriana, no es invento nuestro. La picardía y la viveza aparecieron con la narrativa picaresca española; el machismo, la improvisación, el desgobierno y la ingobernabilidad tampoco son signos originales de nuestra cultura. Frases como «este país es una barbaridad, este país es una locura, este país es un desastre», pueden ser endilgadas a cualquier país del mundo, sabiendo que con ellas el hablante quiere mostrar su descontento con el gobierno, con la ineptitud de sus funcionarios, de los partidos políticos, o exorcizar su frustración ante el último fracaso; en fin, sea lo que fuere, siempre terminará echándole la culpa de todo al país, aquel ente abstracto que se convierte en el paño de lágrimas o en el muro de lamentaciones de los insatisfechos, que cubren con su inercia a los culpables, fomentando la impunidad y la anulación del futuro. Aquí nadie es culpable, sólo el país. O la política.

Pero ¿qué hemos hecho?, ¿qué hace cada uno de nosotros para merecer este país? ¿basta con nacer o con instalarse en él? Lo único cierto es que no se hace amar un país a latigazos: la pobreza, la desigualdad, la corrupción no llevan a nadie a amar su país ni a arraigarse en él incondicionalmente. Los millones de inmigrantes son una bofetada dolorosa que grafican el desencuentro y la ruptura del hombre con el espacio original. Por otra parte, cada pueblo tiene sus miserias y sus esplendores que lo vuelven relativamente admirable o detestable, y el Ecuador no es una excepción. El poeta así lo entiende y lo proclama, aceptando la imagen que su tierra le proyecta, y dejando un resquicio importante a sus posibilidades:

pero ese era su sitio/ de canto y de combate, y él amaba/ su país por lo que era y lo que adivinaba/ y cada sílaba dulce de su tierra,/ y cada brizna de viento o de sonido/ y allí quería amar la paz y la ternura⁹.

La identidad es también ostentar una lengua e inscribir su peculiaridad en el contexto de las naciones, afirmando simultáneamente la vocación heroica del escritor combatiente y la coherencia entre la palabra y el gesto:

⁹ Jorge Enrique ADOUM, *Relato del extranjero*, Quito, Ediciones del Ateneo Ecuatoriano, 1955, p. 271.

cuento me dijeron que ñaño urondo (así se dice en ecuador y no me excuso porque ñaño es más hermano que hermano o sea como urondo) a nuestra pregunta más terca de para qué estamos en la tierra sobre todo donde sólo van quedando vivos los enterradores, respondió disparando a dos manos pólvora y poesía es decir siendo escritor y hombre pero ambos con cojones¹⁰.

La diversidad étnica y cultural, en lugar de ser un rasgo de originalidad y una riqueza, han sido y son un obstáculo en la construcción de la Patria Grande. Indios, negros, mestizos, guaqueños o quiteños, ambateños o cuencanos, cargamos cada quien nuestra propia ecuatorianidad, sin llegar a mezclarlas. El regionalismo atávico no nos deja ser, y cuando queremos ser, parroquializamos lo ajeno en vez de universalizar lo nuestro, adoptando modelos falsamente engrandecedores que quieren camuflar nuestra pequeñez. ¿Sabemos que la identidad nacional es una construcción histórica y que como toda construcción tiene un lado artificial? ¿Olvidamos que en la historia lo artificial es efímero, y que en ese sentido, el carácter parcelario del regionalismo y el poder de absorción del cosmopolitismo propuesto por la mundialización, tienen que afianzarla, a riesgo de agravar la precaria esencia nacional que poseemos?

Los valores comunes de la nación, pocos, ambiguos y mal interpretados, según Adoum, se resquebrajan cuando una parte de la población ve negados sus derechos o despreciados por la relegación social. Olvidamos que lo que define a la nación no es sólo la herencia histórica, ni un hecho natural, intangible y cerrado, sino la adhesión voluntaria a los principios comunes de la república, a los derechos de todos y a la voluntad de vivir juntos en la cooperación y en la libertad, es decir, partiendo del principio de que únicamente en el espacio de la nación la democracia es factible. Si ésta es auténtica, lo será también el bienestar, que, sabemos, no tiene nada que ver con el PIB, simplemente porque éste no refleja la salud de los ciudadanos ni la calidad de educación de los jóvenes, por ejemplo. El bienestar colectivo no se compra en los mercados.

El parroquialismo con que habitualmente la acción cívica reproducía las perversiones del regionalismo, contaminaba la actividad intelectual o artística, y fomentaba esa especie de huasipungos culturales, visibles en la publicación de revistas literarias y antologías provinciales abiertas exclusivamente a autores nacidos en ellas. Los cambios operados últimamente en este sentido son enormes, y resulta aleccionador y reconfortante comprobar la ruptura con la concepción aldeana de los productos culturales. En los últimos años, los jóvenes escritores del Ecuador, no sólo se leen y se publican entre ellos, rebasando el marco de la provincia, sino que se difunden a nivel continental, rentabilizando las ventajas de Internet.

Afortunadamente, entonces, existe la literatura, como argamasa, como brújula de la comunidad y como instrumento de identidad. Por eso, consciente del poder unificador del lenguaje, Adoum decidió mucho antes hurgar en su tierra y asumirla como su casa

¹⁰ Jorge Enrique ADOUM, «Confidencia a gritos sobre Paco Urondo», *No son todos los que están, Poemas, 1949-1979*, Barcelona, Seix Barral, 1979, p. 256.

propia, con un militarismo épico, amalgamando la flora y otros elementos telúricos de las diferentes regiones en un concierto armónico, y en un esfuerzo poético por romper el marasmo:

No hay casa como mi casa hecha/ de bosques y espesura: habitación/ de vaho, maderamen antiguo/ clavado en el pecho de la selva./ No hay amor como el del vegetal/ furioso, eternamente fatigado/ de sopor y perfume. No quiero/ más fortuna que la tierra jadeante,/ no necesito más escudo que el poderoso/ guayacán, no reclamo más armas/ que las lanzas de la caña. No hay casa/ como mi casa florecida todo el año,/ creciendo cada día sin que nadie/ quiebre una rama (...) En la noche volcánica, cuando/ las aves duermen bajo el brazo/ del hombre, cuando el granizo/ agrupa contra el maíz su salvaje/ dentadura, cuando llueve, aún/ es posible amar, aún es posible/ tocar y decir: Esta es mi tierra (...) y es posible seguir amando la vida/ junto al resollo, y tocar la tiniebla/ en la que esperamos el alba cada día/ ¿Qué hice para merecer mi patria/ y mi familia? Sostuve el suelo incierto/ de la tembladera, me abracé a las raíces/ defendiéndolas de la helada con mi pecho,/ cavé la cueva para conducir la piedra/ hasta el aposento, detuve el árbol/ que se llevaba el río, abrí a puñetazos/ el sendero, vengo luchando/ contra el usurpador y su violencia/ más cruel a veces que el vendaval/ y la sequía. Pero, no obstante,/ ¡qué poco he combatido todavía! ¡Qué hermosa y ajena es nuestra casa!/, pero qué pronto volverá a ser nuestra! (...) ¡Cómo vamos a reconquistarla cada día!/ ¡Cómo vamos, cada día a merecerla¹¹./

En el texto, que nos remite al Neruda y al Carrera Andrade de los inicios, con el valor añadido del compromiso y de la de la lírica de la disidencia-, parece subyacer la interrogante al lector: ¿Cuánto amamos a nuestra patria? ¿La conocemos realmente? ¿Qué hemos hecho para ostentar nuestra cédula de identidad? ¿A quién pertenece la nación? ¿A los pelucones o a los de izquierda? ¿Habrá que dejar la nación a la derecha neoliberal y a las multinacionales extranjeras? Lo único visible es una escritura que se forja en la doble perspectiva humana y política, tomándole el pulso a la realidad nacional, mediante una estética de la pertenencia militar.

En un intento de respuesta, buscando en las raíces más hondas de nuestra historia, cuya incorrecta lectura explica la difuminación de nuestra identidad, Adoum procede a una serie de desmitificaciones sistemáticas, desde el fabuloso Reino de Quito hasta la fundación de la República.

La unidad nacional y la noción de patria en medio del zarandeo histórico, dada nuestra juventud como república, y el hecho de haberla convertido en un estado políticamente organizado en un plazo tan corto, es según Adoum una proeza de nuestros pensadores, hecho que muchas veces los profesores de historia olvidan, porque parece difícil integrar la historia a la memoria. Entonces, consciente de su responsabilidad como poeta, en el poema *Historia*, Adoum intenta llenar el vacío enmendando la lectura de las acumulaciones, exhibiendo una memoria lúcida, implicándose en el proceso de anulación de la circularidad e inscribiéndose en el proceso de transformación:

Al comienzo, la patria/ fue una gran página en blanco/ la arena, el mar, la superficie,/ la sombra verde, la tinta/ con que manchó el invierno la sabana (...) de la segunda página hasta hoy día/ no hay sino violencia. Desde/ el segundo día no hubo día/ en que no nos robaran la casa/ y el maíz, y ocuparan la tierra/ que amé como a una isla de ternura. Pero mañana (mucho antes/ de lo que

¹¹ Jorge Enrique ADOUM, «El viejo amor», *Relato del extranjero*, op. cit., pp. 271-273.

habíamos pensado) echaré al invasor y llamaré a mi hermano/ e iremos juntos hasta la geografía/ - el dulce arroz, la recua de petróleo-/ y le diré: Señora, buenos días/ aquí estamos después de tantos siglos/ a cobrar juntas todas las gavillas,/ a contar si están justos los quilates/ y a saber cuánta tierra nos queda todavía¹²/.

La diacronía Ayer-Hoy-Mañana pasa por una lectura y asunción de la herencia, antes de proceder al inventario y al ajuste de cuentas que anula la impunidad, el patriotismo *light*, el *pseudo* patriotismo vigente por decreto, y aquellos rituales que terminan carnavalizando los símbolos patrios o validándolos únicamente en la antesala de una competencia deportiva internacional

Para paliar el déficit de heroicidad, Adoum hace un llamado al héroe que subyace en el fondo de nosotros, extendiendo la validez semántica a todo gesto humano que equivalga a esfuerzo cívico y contribución al patrimonio científico-cultural- u otros, que coadyuven a mejorar nuestra auto-valoración como individuos y como nación. Entre todos, por estar en la vitrina pública y por su influencia en el imaginario colectivo, el artista y el político son asociados al mito del héroe, y por tanto sujetos al mismo proceso de percepción y destrucción, exponiéndose a ser tratados como bastardos y a ser repudiados, con razón o sin ella, por la propia comunidad, o a la intrascendencia en el concierto internacional. No obstante, en la hora actual, y por lo menos en el plano cultural, son plausibles los esfuerzos del Ministerio de Cultura que, luego de una tarea titánica de debate y concertación entre los diversos sectores, se apresta a dictar la Ley de Cultura, con la que, además de llenar un enorme vacío, permite avizorar una imagen más exportable de nuestra producción cultural, cuyo peso a nivel identitario fue omitido antes por pereza o inconsciencia de funcionarios despistados.

Adoum, por su parte, y en lo que le compete, salda su deuda nacional con creces. En los soliloquios meta-textuales, el narrador de *Entre Marx y una mujer desnuda* es muy explícito: «el héroe sólo justifica su existencia cuando es los demás, y sólo es heroico en un país heroico, lo cual rige también para la literatura...»¹³. Razón suficiente para lanzarse al heroísmo que implica escribir todo lo que ha escrito, en particular la obra que acabamos de citar, que constituye una novela insuperable en todo sentido.

La utopía de un nuevo país, rota a menudo por la circularidad del desgobierno y de la ingobernabilidad, pero sobre todo por el olvido de la historia y la manía de hipotecar el porvenir confiando excesivamente en la casualidad o en la suerte, nos han llevado a delegar la felicidad de la comunidad al gurú de turno y al director técnico de la selección nacional de fútbol, convirtiéndonos de esa manera en espectadores de nuestra propia desgracia. Fenómeno que contradice la voz poética, por el hecho de poseer todavía la memoria, la brújula del tiempo y del espacio y la determinación necesaria para transformarlos:

¹² Jorge Enrique ADOUM, «Historia», *Relato del extranjero*, op. cit., p. 282.

¹³ Jorge Enrique ADOUM, *Entre Marx y una mujer desnuda*, op. cit., pp. 28-29.

Hoy es el sitio donde tanto/ sufrimos de patria, de aguaceros,/ de enfermedades vertebrales, donde/ nuestras conversaciones terminan con un muerto,/ y sabemos en qué parte nos duele mientras/ acomodamos el cuerpo para sobrevivir. Yo sé, tú eres la agredida/ cuya cosecha de paz arrebataron, en el país en donde el hombre,/ la violencia y los ríos hacen duro el amar. (...) Yo sé, amor, que este país herido/ nos mata, nos asusta a veces, sé/ que tememos la hora en que nazca/ el hijo que esperamos (...) Este solar es nuestro, en este/ sitio construiremos nuestro único aposento (...) Yo te digo: Mañana, aquí, donde naciste,/ será el sitio exacto de la vida¹⁴/.

La desazón emotiva que le produce constatar la tiranía del tiempo, la impotencia y el fracaso de los sueños, la incapacidad de tomar parte en una lucha decisoria, materializan el desencanto, pero un desencanto lúcido, porque deriva de la reflexión y del ajuste de cuentas personal que registra las derrotas de la inteligencia y del soñador convulsivo:

Y ultimadamente no me salieron bien las cosas/ basta ver nuestros pobres/paisitos/con su cret (ase) sino ecuestre en tanto muerto y tanta muerte tonta en tanta bolche vita/ yo mismo cuándo estuve en ninguna guerrilla/ ni qué bomba de tiempo puse a tiempo cuando aún era tiempo (cómo pasa el tiempo)/ para que estalle a tiempo es decir hace tiempo¹⁵/.

Sobra todo comentario ante cualquiera de nuestros desencantos, derivados de los signos de corrosión aludidos por el escritor y que parecen cominarnos a recuperar la brújula del tiempo y del espacio.

Para concluir tenemos que constatar que, en estos tiempos, escarbar la identidad no es un fracaso, sino tal vez la manera más lúcida de explicarnos todos los fracasos y comenzar, no ya desde cero, después de superar las tergiversaciones y los estereotipos. Si antes la identidad era el nombre que se acordaba a la manera de escapar a la incertidumbre nacional, Adoum repercute en *Señas particulares* la certeza atrapada en el eco de su producción literaria y salda así su deuda de ecuatoriano íntegro, mostrándonos a todos -y de manera subyacente, a los escritores- que la nación no es una mala palabra, sino una realidad proyectada sobre la escena de la historia y que la reflexión sobre ella es no sólo legítima sino emergente.

El rocambolismo lingüístico, los ejercicios de metalurgia, de bricolaje y de soldadura dolorosos con los que el Yo puede reconstruirse y ponerse de pie, revelan un poeta que, rebasando lo meramente testimonial, no escatima nada, ni lingüística ni culturalmente, para soldar un ser fragmentado en la selva del lenguaje y de la historia, cominando al lector a hacer lo mismo con su ecuatorianidad.

Una reflexión podría ampliar el debate en el futuro, confrontando el problema de las poéticas de la identidad correspondientes a la generación de Adoum con el de las

¹⁴ Jorge Enrique ADOUM, «Señales de tiempo», *Relato del extranjero*, op. cit., p. 277.

¹⁵ Jorge Enrique ADOUM, «Casi como dios», *Informe personal sobre la situación*, Madrid, Editorial Aguaribay, 1973, p. 334.

generaciones posteriores, considerando que la noción de identidad es diacrónicamente resbalosa. A ese efecto, precisamos que en su tiempo, Adoum asumió la palabra «creación» como clave de su obra, y resolvió el problema de su poética forjándose una identidad asegurada por la solidez, la cohesión y la estabilidad, en coherencia con su obsesión de durabilidad, afín a las construcciones en piedra o de hormigón ciclópeo, y portando siempre su país como un tatuaje indeleble en todas sus preocupaciones literarias, mientras que buena parte de los escritores contemporáneos viven la identidad de una manera opuesta: su palabra clave es «reciclaje» , evitando las fijaciones practican la cultura de lo efímero, y su excesivo cosmopolitismo termina haciéndoles olvidar de donde vienen, revelándose incapaces de reconocer nuestra cultura, de evaluar la calidad de nuestros debates políticos, la integridad de nuestros representantes y de los medios de comunicación, o la calidad de nuestra poesía.